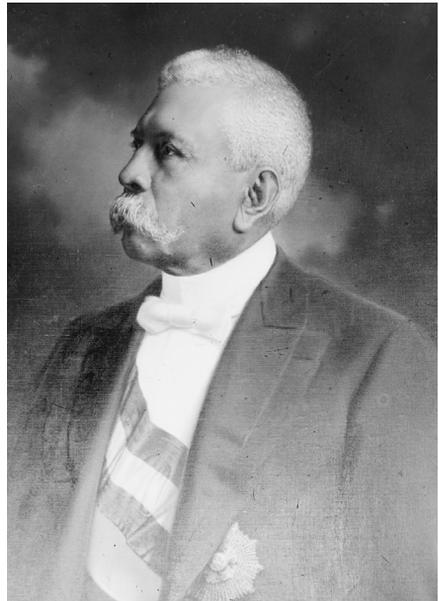


*MEXICANOS: que el mundo civilizado nos contemple en 1910,  
cobijados bajo el hermoso pabellón tricolor, celebrando la  
fundación de nuestros lares, de aquellos amados lares que ostentan  
el águila caudal por símbolo y escudo, y que tienen por principio y  
divisa: libertad, paz y trabajo.*

Proclama de la Comisión Nacional

El general Porfirio Díaz cruzó la puerta del despacho presidencial precedido por dos edecanes militares con uniforme de gala, la noche era especial: 15 de septiembre de 1910. Lo seguían el jefe del Estado Mayor Presidencial y dos capitanes con chaqueta, pantalón galonado en oro y casco prusiano con crines de caballo. El general Díaz iba de frac, con la bandera nacional en banda; debajo de la solapa izquierda de su saco colgaba una pequeña cadena con la versión en miniatura de algunas de las condecoraciones que había recibido en reconocimiento por su vida militar y su labor como jefe del Ejecutivo mexicano.



2. Porfirio Díaz, vestido de gala con la banda tricolor en el pecho, preside las celebraciones de 1910.

Porfirio Díaz brillaba entre los cientos de invitados mexicanos y los provenientes de más de 28 países de todas las regiones del mundo; brillaba como los enormes espejos que adornaban las paredes cubiertas de damasco de seda, pero no le quitaba esplendor a la mujer que caminaba a su lado: Carmen Romero Rubio y Castelló. Doña Carmelita, como la llamaban en todo el país, era artífice del Porfirio Díaz que se mostraba esa noche. Hija del lerdista Manuel Romero Rubio, su primer ministro de Gobernación, había introducido los buenos modales y una cierta comprensión del inglés en Palacio Nacional; asimismo, había sido la eficaz y oficiosa intermediaria con la Iglesia católica, con los grupos políticos cercanos a Lerdo de Tejada y Juárez, y con las clases sociales acomodadas, lo cual había permitido robustecer la estabilidad política y económica de México como nunca antes había sido posible. Doña Carmelita, esa noche, colgaba esplendorosa del brazo derecho de Porfirio Díaz.



3. Carmen Romero Rubio de Díaz, segunda esposa del general Porfirio Díaz, hija de Manuel Romero Rubio, acompañó a su esposo durante todas las celebraciones del Centenario.

Doña Carmelita era su esposa desde hacía veintinueve años, cuando, con estas líneas, le pidió matrimonio a los diecisiete años escasos:

México, julio 23 de 1881

Carmelita;

Yo debo avisar a Ud. que la amo.

Comprendo que sin una imperdonable presunción no puedo esperar que en el ánimo de Ud. pase otro tanto y por eso no se lo pregunto, pero creo que un corazón tierno virgen y poseído de una clara inteligencia como el de Ud. puede germinar ese generoso sentimiento siempre que sea un caballero el que lo cultiva y sepa amar tan leal, sincera y absolutamente como se merece. Y yo lo hago ya de un modo casi inconsciente.

Yo deseo emprender esa obra; estaré ya en la necesidad de seguirla y si Ud. no me lo prohíbe y a ese afecto exprese su respuesta en concepto de que Ud. me dice que debo prescindir no necesita U. decirme por qué; yo siempre juzgaré poderosas sus razones e hijas de una prudente meditación y puede U. estar segura de que obedeceré su exigencia por mucho que la sienta.

Piense U. que va a resolver una cuestión de vida o muerte para su obediente servidor que espera sumiso y anticipadamente pide su perdón.

Porfirio Díaz<sup>1</sup>

Esa noche de septiembre, ya en su madurez, Carmelita destacaba plena con su vestido en seda clara y aplicaciones de oro que muy discretamente dejaba al descubierto el pecho adornado por un collar de perlas de varias vueltas, debajo de una gargantilla, también de perlas, y brillantes, como la diadema que portaba sobre su pelo aún castaño.

**LOS PERSONAJES DEL CENTENARIO:  
PORFIRIO DÍAZ**

En 1910, quiso y supo aprovechar el Centenario del inicio de la Independencia para mostrar al mundo el resultado de los treinta años de paz que el país había tenido bajo su mandato. Por ello, en cada una de las ceremonias y las obras públicas, resaltó el proceso modernizador, la nueva posición de México como una nación respetable en la escena internacional, el fin de las pugnas entre las diferentes facciones políticas y los conflictos internacionales que marcaron la vida de México durante el siglo XIX; pero, sobre todo, quiso mostrarse como el artífice de un México moderno y como el eslabón final de la Independencia nacional.

Faltaban uno o dos minutos para iniciar la ceremonia. El presidente Díaz, empuñando la bandera nacional, entró en el balcón central de Palacio Nacional y se colocó al centro. A su lado derecho estaba Ramón Corral, entonces vicepresidente de la República y ministro de Gobernación; detrás se encontraba Justino Fernández, ministro de Justicia, junto con varios militares. Los otros secretarios de Estado, al igual que los señores embajadores y delegados especiales para estas fiestas, llenaban los otros balcones del edificio.

Enmarcaba el balcón un dosel con sedas y terciopelos con los colores nacionales, el lugar estaba coronado por el escudo nacional con el águila de frente, brillantemente iluminada. Sobre el barandal destacaban tres franjas de seda verde, blanca y roja. Díaz, con su mano derecha movió de manera vigorosa el cordón recubierto de seda para escuchar el badajo de la campana que, unos cuantos años antes, en 1896, hizo traer de Dolores Hidalgo para colocarla en la parte central y superior del viejo palacio de los virreyes. Era la campana que hacía cien años el padre Hidalgo había ordenado tañer con toda su fuerza para llamar a todos los habitantes del pueblo, para liberar a los pre-



4. Palacio Nacional iluminado por cientos de bombillas eléctricas para las fiestas del Centenario.

sos de la cárcel y gritar las consignas libertarias que, según se presume, fueron: “¡Mueran los gachupines! ¡Muera el mal gobierno! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la América libre!”.

Los delegados especiales miraban asombrados desde los balcones. Uno de ellos, Karl Bunz, el representante de Alemania, según narra Federico Gamboa, pudo darse cuenta de un hecho no previsto en el programa:

[...] en la bocacalle de Plateros se produjo un arremolinamiento de gente, ruidos y tronar de cohetes y apareció enmarcado un retrato de Madero con los colores patrios y vivas a él. ¿Qué gritan?, preguntó Karl Bunz, vivas a nuestros héroes muertos y al Presidente Díaz, le dije [...] ¿Y el retrato de quién es?, del General, dije. ¿Con barbas? Sí, le mentí con aplomo, las gastó de joven y el retrato es antiguo.<sup>2</sup>



5. Manifestación del Partido Nacional Antirreeleccionista y del Partido Nacional Democrático, antes de las elecciones de 1910. Los manifestantes cargan pancartas con los rostros de Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez, candidatos a la presidencia y vicepresidencia, respectivamente.

Unas horas antes, el presidente Díaz había salido de su casa, ubicada en la calle de Cadena número 8, con rumbo a la Catedral Metropolitana para homenajear a los héroes de la Independencia cuyos restos estaban en la capilla de San José: Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez, Mina y Guerrero; Matamoros, Bravo, Quintana Roo, Leona Vicario e Iturbide, que estaba en la de San Felipe de Jesús, el primer santo nacional. Sin embargo, no todos esos hombres y mujeres, a pesar de la pluralidad histórica del régimen, serían homenajeados en la Columna de la Independencia del Paseo de la Reforma, el monumento que se inauguraría al día siguiente.<sup>3</sup>

**LOS PERSONAJES DEL CENTENARIO:  
CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ**

Segunda esposa de Porfirio Díaz. Se casaron en 1881 cuando ella tenía diecisiete años. Hija del lerdista Manuel Romero Rubio, fue la esposa adecuada para la ascendente carrera del general Díaz, pues en su desarrollo político fueron fundamentales su educación, sus relaciones con el poder y sus enlaces con la Iglesia católica. Al igual que en el caso de su hermana María Luisa —quien casó con José de Teresa, heredero de una de las grandes fortunas financieras y terrateniente de esos años— los Romero Rubio tuvieron buen cuidado de que Carmen tuviera un matrimonio adecuado.

La blanca luz de miles de focos colocados en la fachada principal de Palacio Nacional, y en las calles de Moneda y Corregidora, subrayaba las líneas rectas de sus balcones y elementos arquitectónicos más notables: cada una de las almenas del edificio estaba coronada por una estrella.



6. Vista de Palacio Nacional y parte de la Plaza Mayor iluminados para las fiestas del Centenario.

Las luces de otros edificios se encendieron y la exaltación de las miles de personas que llenaban la Plaza Mayor de la ciudad de México llegó al balcón central hasta encontrarse con la serenidad y la esfíngea inmutabilidad del presidente Díaz. Esos 100 000 asistentes (más de uno de ellos soñaba esa noche con ser el ganador del mayúsculo sorteo Centenario de 500 000 pesos que a la mañana siguiente se celebraría), como decía la prensa de esos días, se arremolinaban a los lados de la estación de tranvías a Mixcoac con la mirada fija en Palacio Nacional. Estaban apretujados por el espacio que ocupaban, en la misma plaza, los autos y los carruajes de los invitados de Porfirio Díaz.

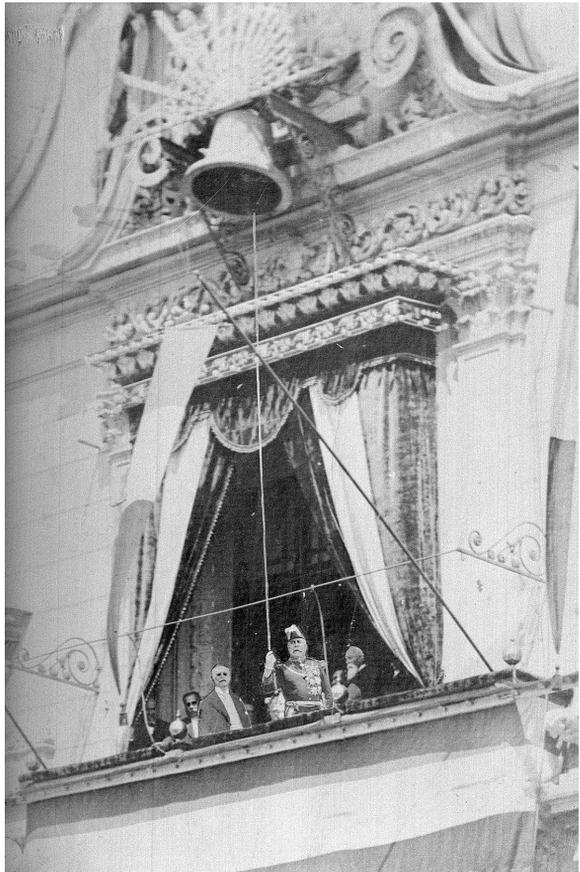
Esa noche, Palacio Nacional mostraba la majestuosidad de sus dos pisos a los que, a finales de los años veinte, se añadió un tercero. Lo mismo le ocurriría al vecino Palacio Municipal donde despachaba el gobernador de la ciudad de México, Guillermo de Landa y Escandón, presidente de la Comisión Nacional de los Festejos del Centenario. Es cierto, en aquellos momentos,



7. Multitud celebrando el Centenario de la Independencia en la Plaza Mayor de la ciudad de México.

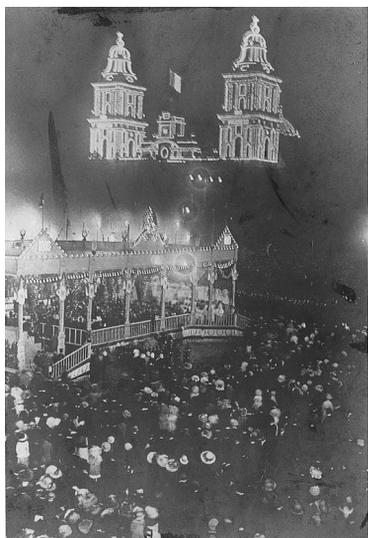
Palacio Nacional alojaba el poder absoluto del presidente Díaz, quien ya sumaba más de treinta años al frente del Ejecutivo: primero de 1876 a 1880 y, desde finales de 1884 hasta 1910, de manera ininterrumpida.

El silencio se hizo presente cuando dejó de sonar la última campanada de la Catedral que anunciaba las once de la noche. Entonces se rompió a causa de las voces azoradas por la iluminación que formó un arabesco en el sitio donde se alojaba la campana de Dolores. Mientras esto ocurría, Díaz, con voz grave, gritó: “¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia! ¡Vivan los héroes de la patria! ¡Viva la República! ¡Viva el pueblo mexicano!”<sup>4</sup> Inmediatamente comenzó a ondear la bandera nacional.



8. Porfirio Díaz en el balcón de Palacio Nacional (adornado para las fiestas del Centenario) hace sonar la campana de la Independencia, presumiblemente durante el desfile del 16 de septiembre.

Desde la mañana del día 15 se preparó el festejo en todo el país. En la capital, en las plazuelas Carlos Pacheco, La Soledad y La Palma se presentaron acróbatas y se dieron funciones de circo. A las 15:30 se llevaron a cabo en El Toreo una corrida y un jaripeo, con toros provistos por la ganadería de Ignacio de la Torre y Mier, el yerno de Porfirio Díaz. Esta corrida era muy esperada, pues la tradicional Corrida de Covadonga, que debió celebrarse unos días antes, fue cancelada por un aguacero. Por la noche, después del grito, se realizó una serenata que duró hasta bien entrada la madrugada.



9, 10. La noche de celebración del grito de Independencia en la Plaza Mayor.

El programa de esa noche, en la Plaza Mayor y las calles cercanas, ofreció todo tipo de diversiones para los niños y los grandes que habían llegado de todo el país: cohetes nocturnos, globos aerostáticos que recorrieron el cielo de la ciudad durante todo el día, mientras que en las plazas y jardines todos se arrebataban un lugar para subir a ellos. La música de bandas de brigada, o de algunos voluntarios improvisados, marcaba el ritmo de las diversiones y las colas de gente esperaban hacer su mejor esfuerzo en los palos encebados.

Horas antes, la gente había llegado al Zócalo por las cuatro esquinas. En todas esas calles los edificios estaban adornados con las banderas de los países invitados a la conmemoración y, en algunos casos, había arreglos florales que enmarcaban los retratos de los héroes de la Independencia, las fechas simbólicas entrelazadas —1810-1910— y las palabras que sintetizaban el *leitmotiv* del régimen porfirista: “paz, orden y progreso”.

Los más chicos, con vistosos sombreros, y los grandes con su ropa de gala se abrían paso entre los vendedores de serpentinas y puestos de buñuelos que dejaban oír el aceite hirviendo que contenían los sartenes.

La sorpresa de los asistentes a la Plaza Mayor era mayúscula. *El Imparcial* comisionó a un *reporter* la tarea de describir la iluminación de la ciudad: el periodista comenzó su recorrido por la gran avenida Juárez, se detuvo frente al Teatro Nacional —ahora conocido como Palacio de Bellas Artes— que aún estaba en construcción. El edificio, según narró el *reporter*, recibía los “reflejos dorados por la iluminación de las casas de la Avenida Juárez”.<sup>5</sup>

Después caminó hacia San Francisco, hoy Madero, la calle que describió como

[...] maravillosa de color y de luz, resplandeciente por millares, por millones de foquillos que en hilos multicolores penden de los postes con escudos y oriflamas. El pavimento, opaco, refleja la lluvia de luz que cae sobre él y en las aceras los rostros toman el color de los foquillos, más opaco, dándoles el aspecto de fantásticos rostros de máscaras chinas.<sup>6</sup>

Al desembocar en la Plaza de la Constitución, después de admirar el suntuoso adorno de luz de la Profesa, de la Casa Mosler, de la joyería La Perla, y de todas las casas de esa calle, el *reporter* tuvo que detenerse en su camino.

Ya en el Zócalo, se encontró con las dos torres de Catedral que boquiabierto describió a sus lectores:

[...] se alzan en el cielo profundo, están iluminadas profusamente, tanto, que todas las líneas principales de la misma, se dibujan en la oscuridad de la noche, brillantes como si fueran tubos de luz en el centro de las dos torres, la bandera nacional hecha de foquillos, parece flamear al aire, mecida por la ola de luz que reflejan las dos torres.<sup>7</sup>



11. Las torres de la Catedral se iluminaron la noche del 15 de septiembre, asombrando a los asistentes que prorrumpieron en aplausos y gritos de admiración ante el prodigioso espectáculo.

El *reporter* siguió avanzando hasta descubrir que la torrecilla de la cúpula también estaba iluminada... quizá era más bella que las dos torres. “Esta iluminación de foquillos azules envuelve a la torre en una atmósfera como de fósforo”,<sup>8</sup> escribió en su crónica.

Al adentrarse unos metros hacia el centro de la plaza, entre las hojas de los árboles vio la terminal del tranvía cubierta de “gotas de oro”, a causa de “los millares de focos del Palacio Nacional que resplandecen vivamente”.<sup>9</sup> Su asombro fue mayor por

la luz que se derramaba “a través de toda la larga fachada”.<sup>10</sup> Ésos sólo eran algunos ejemplos del trabajo que tuvo a su cargo la Casa Hubbard y Bourlon: la instalación luminosa de más de cuarenta establecimientos comerciales y casas particulares que tanto asombraron a propios y extraños.

Posteriormente, el *reporter* caminó hacia la calle de la Monterilla:

[...] las casas de comercio de este rumbo han sido las más suntuosas en su decorado y en el derroche de luz. La Gran Sedería es una ascua de oro, El Palacio de Hierro, El Puerto de Veracruz, Las Fábricas Universales... todas, todas las casas de comercio, los grandes almacenes de nuestras avenidas, las casas de Boker, El Globo, el Teatro Principal y el Colón.<sup>11</sup>

El entusiasmo hizo decir a la prensa que la ciudad deslumbraba “como una piedra preciosa de innumerables facetas”.<sup>12</sup>



12. Edificios de la avenida 5 de Mayo, de la ciudad de México, decorados con alumbrado por los festejos del primer Centenario de la Independencia.

La gente transitaba por las calles y, después de concentrarse en la plaza, apretados unos contra otros, podían apreciar “los fuegos artificiales que se queman en su honor, y que lanzan al aire sus luces como piedras preciosas disueltas y encendidas”.<sup>13</sup> En una plataforma estaban las bandas militares listas para celebrar con serenatas.

La emoción se convirtió en noticia nacional. *El Imparcial* publicó, al día siguiente, que en muchos lugares de la ciudad se escuchó el saludo y homenaje a la patria y a su presidente proferido, desde las fábricas y las locomotoras, por los silbatos de las calderas.

De entre las dos torres de la Catedral irrumpió una luz intensa que tomó la forma de una palmera que rompía la oscuridad de la bóveda celestial: se encendieron miles de puntos luminosos. La música unió a todos los grupos artísticos que ahí estaban y redoblaron los tambores de los batallones alineados. La multitud se contagiaba de emoción por la patria y su presidente. La luminosidad de los edificios y la magnificencia de las fiestas hacían ver distinto el centro de la ciudad: se había eliminado la presencia de los mendigos, muchos de los léperos que bailaron durante esos días lo hicieron bien protegidos con los zapatos que se regalaron para que no aparecieran descalzos. Muchos de los foráneos visitaban la capital por primera vez y por ese motivo se preparó una *Guía de la ciudad de México*, escrita por Luis E. Ruiz, para los que quisieran visitar la capital.

La celebración no sólo se limitó al Zócalo y a otros lugares abiertos sino también en los teatros de la capital que rebosaban de gente. Las señoras portaban prendedores patrióticos o elegantes dijes “centenario”; hebillas de cinturón, pendientes o botones con la imagen del cura Hidalgo o del águila mexicana con los colores patrios; sus esposos no se quedaron atrás: se vistieron con sus mejores galas compradas, las más elegantes, en la sección de sastrería y ropa hecha de El Palacio de Hierro, cuyo catálogo —que sólo era entregado a los clientes frecuentes— anunciaba: “Especialmente para las brillantes fiestas del Centenario, hemos fabricado nuevos modelos de nuestros trajes

populares e inimitables”.<sup>14</sup> Muchos de ellos portaban —como corolario en el ojal del saco— botones en los que aparecían las efigies de Hidalgo y Díaz.

Los adornos con motivos nacionales llenaron las fachadas y los escenarios —como fue el caso del Teatro Colón, al igual que el Rosa Fuertes, Hidalgo, María Guerrero y el Briseño— ofrecieron espectáculos especiales. En el Colón, a las once en punto, apareció María Conesa quien, después de haber pasado seis meses en Cuba, regresó a México en julio de 1910 y reapareció en los escenarios. Luis G. Urbina decía de la Conesa: “la figura no es garbosa, el semblante no es bello, la voz es desaliñada y desagradable, pero de toda la cara, de todos los movimientos de todo el cuerpo, chorrea malicia esta mujer; tiene una desenvoltura pringada de cinismo”.<sup>15</sup>

Esas características la convertían en una figura singular y enormemente popular en México y su presencia sería indispensable en las fiestas de septiembre. Cuenta Enrique Alonso<sup>16</sup>



13. María Conesa, la Gatita blanca, vestida con un traje típico mexicano. Fue una de las principales figuras del espectáculo que engalanaron los festejos.

que la Conesa le platicó que unos meses antes, Porfirio Díaz informó a los teatros de categoría sobre las funciones a las que acudiría con su esposa y gabinete. Para ese día la empresa había decorado lujosamente el palco donde ellos se sentaron entonces. Para esa función, María decidió cantar una canción mexicana y ella misma confeccionó su traje de china poblana. Al verla, todos enmudecieron por su atrevimiento: en la falda tenía bordada el águila, que hasta entonces sólo podía usarse en las banderas. Ella contestó: “¿Qué no es traje de china poblana el traje nacional?” María se encaprichó y lució esa noche su castor con el águila mexicana y “cantó coplas españolas y canciones mexicanas exhibiendo a gusto su discutido traje”.<sup>17</sup> La Conesa subió al palco al final de esa función para saludar a Díaz y le regaló a doña Carmelita el más valioso abanico de su famosa colección.

Al día siguiente le enviaron una foto dedicada por el matrimonio Díaz: “A la hermosa María Conesa”. Porfirio Díaz, según la prensa, “elogió su hermosura y gracia y se retiró en medio de las exclamaciones del público”.<sup>18</sup>

Mientras que, para la noche del 15 de septiembre, “apareció junto a Hugo Tari y Mary Bruny, quienes cantaron el Himno Nacional, lanzando loas a los héroes de la Independencia, a México y a nuestro gran Presidente”.<sup>19</sup>

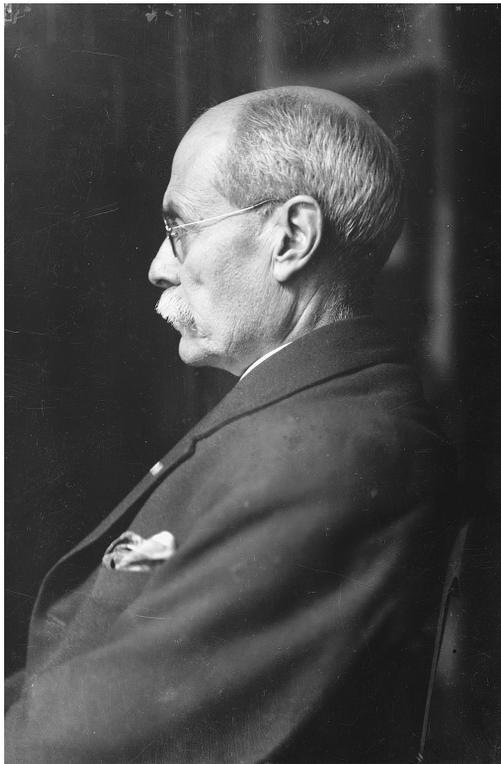
Las fiestas del Centenario no sólo se llevaron a cabo durante la noche del 15 de septiembre, sino a lo largo de todo el mes. Ellas también fueron un festejo para el presidente de la República, el general Porfirio Díaz, quien consideró justo y apropiado mostrar al mundo los avances materiales que el país alcanzó durante los treinta años de su régimen. Nada mejor que esto ocurriera el mismo día que cumplía 80 años de edad.

## LOS HUÉSPEDES DEL MUNDO

Uno de los más importantes objetivos de la conmemoración del Centenario de la Independencia fue lograr la presencia del ma-

yor número de gobiernos que en aquellos días tenían relevancia en el escenario mundial. Para Díaz, era fundamental que las otras naciones atestiguaran el progreso mexicano.

La parte internacional del programa oficial de las fiestas del Centenario fue coordinada por la Secretaría de Relaciones Exteriores y quedó bajo la responsabilidad de Federico Gamboa, el escritor naturalista y autor de *Santa*, la primera novela que de manera descarnada describe la prostitución en la ciudad de México. Gamboa, en esos momentos, ya era un experimentado diplomático, además —desde 1909— ocupaba, por designación directa de Porfirio Díaz, el cargo de subsecretario de Relaciones Exteriores.



14. Federico Gamboa, subsecretario de Relaciones Exteriores y encargado del despacho a la muerte de Ignacio Mariscal, fue el responsable directo de la invitación y recepción de las casi treinta delegaciones, representantes de las grandes monarquías y gobiernos del mundo.

**LOS PERSONAJES DEL CENTENARIO:  
FEDERICO GAMBOA**

En 1909 fue nombrado por Porfirio Díaz subsecretario de Relaciones Exteriores y encargado del despacho a la muerte de Ignacio Mariscal hasta la llegada de Enrique C. Creel al frente de esa dependencia. Fue el responsable directo de las invitaciones, recibimiento y participación de más de treinta delegaciones, lo que permitió a México recibir por primera ocasión a los representantes de las grandes monarquías y gobiernos del mundo anterior a la Primera Guerra Mundial. Con cuidado, sensibilidad e inteligencia desarrolló un brillante programa para los visitantes en el que no se registró ningún incidente. Puso especial atención en los países con los que México había tenido conflictos en las décadas anteriores —Estados Unidos, España y Francia— para superar cualquier herida que enturbiara las relaciones internacionales.

La lista de invitados se conformó de la siguiente manera: en primer lugar se consideró la presencia del gran vecino, Estados Unidos, y de aquellos países que estaban al sur de su frontera, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Panamá, El Salvador, Nicaragua, Colombia, Perú, Chile, Argentina, Venezuela, Ecuador y Uruguay además de llegar a Cuba y Brasil.

Asimismo, se consideró el mundo europeo, en especial las grandes monarquías: Gran Bretaña, Italia, Alemania, Rusia, Austria-Hungría, Bélgica, Portugal, Noruega y Grecia, Holanda y la República Francesa, única excepción de esta lista. España tendría un lugar especial.

La presencia de Oriente era importante para robustecer el equilibrio diplomático, por ello estuvieron presentes los representantes de Japón y China, que se convirtieron en un atractivo especial, pues en casi todas las ceremonias aparecían con sus

vestimentas tradicionales de sedas brillantes y multicolores. Sin duda, Japón y China, monarquías milenarias —esta última a unos meses de dejar de serlo por la ascensión al poder de Sun Yan-Tsen como primer presidente de la República— engalanaron la solemnidad y diversidad de la conmemoración.

## DESEMBARCOS Y FERROCARRILES



15. Funcionarios y embajadores de distintos países asistentes a las fiestas del Centenario.

Las invitaciones para los festejos fueron enviadas por la Secretaría de Relaciones Exteriores a cada uno de los gobiernos en abril de 1910 y estaban acompañadas con el programa oficial.<sup>20</sup> Se invitaba a todos los gobiernos amigos para que acompañaran a México en tan importante y resplandeciente fecha. Al poco tiempo se empezaron a recibir las respuestas y los nombres de los representantes.

En las fiestas del Centenario estarían acreditados 31 países a través de siete embajadas, veinte misiones, tres delegaciones y un comisionado especial, todos ellos con sus comitivas. Tres de los gobiernos (Suiza, Venezuela y Colombia), si bien no pudieron enviar delegados especiales, designaron a residentes en México para que los representaran. Así, con el propósito de distinguir al gobierno mexicano, la mayoría de las naciones, además del representante diplomático ya acreditado y residente en México, envió un delegado especial. En 1910, la presencia de tantos gobiernos era significativa, pues el colonialismo aún marcaba grandes regiones del planeta y el número de naciones era reducido.

Otro fue el caso de los tres participantes que, a pesar de haber confirmado su asistencia, no estuvieron presentes: Inglaterra, por la muerte del rey Eduardo VII; Santo Domingo, que no envió representante, y el representante de Nicaragua, que en esos días sufrió un golpe de Estado, tuvo que permanecer en la costa.

#### LOS PAÍSES Y SUS REPRESENTANTES

Los países que enviaron representantes especiales fueron los siguientes: Italia, Marqués de Bugnano; Japón, Yasuya Ushida; Estados Unidos, Curtis Guild; Alemania, Karl Bunz; China, Ying Tang; España, marqués de Polavieja; Francia, Paul Lefavre; Honduras, Salvador Córdova; Bolivia, Santiago Arguello; Austria-Hungría, Conde Max Hadik von Futak; Cuba, general mayor Loynaz del Castillo; Costa Rica, Joaquín Bernardo Calvo; Rusia, Alexander Stalewski; Portugal, José Francisco de Orta Machado; Holanda, Jonkheer Loudon, quien ya estaba acreditado en nuestro país; Guatemala, doctor Juan Ortega; El Salvador, doctor José Antonio Rodríguez; Perú, Federico Alfonso Pezet; Panamá, Carlos Arosemena; Brasil, Antonio da Fontoura Xavier; Bélgica, George Allart; Chile, Eduardo Suárez Mújica; Argentina, Jacinto Sixto García; Noruega, Michel Lie, que también estaba previamente acreditado; Ecuador, Leopoldo Pino; Uruguay, Enrique Muñoz; la representación de Suiza, Venezuela, Colombia y Grecia fue asumida por el representante de España: el marqués de Polavieja.